Año V — BARCELONA 30 DE ABRIL DE 1908 — Epoca 2.ª—Número 54

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º | Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

La Asociación Internacional de los Trabajadores

Las diversas revoluciones de Europa que arrojaron fuera de su patria á todos los desterrados ó emigrados, dieron un resultado importantísimo en la historia, ayudaron á constituir agrupaciones nuevas aparte de los sentimientos exclusivos, siempre mezquinos, del origen nacional. En aquellos barrios del centro de Londres, donde, por un fenómeno de agregación débido á la necesidad del apoyo mutuo, se hallaban todos los revolucionarios extranjeros, Italianos de Venecia, de Génova y de Roma, Españoles de Barcelona y de Valencia, Parisienses y Badenses, Polacos y Rusos, la alianza había de hacerse: la comunidad del objeto, de los intereses y de los medios empleados producía una concordancia al menos parcial entre los proscritos, á pesar del obstáculo que oponían las diferencias de costumbres y de lenguaje como también las rivalidades de las ambiciones de los que codiciaban el poder. De ese modo se constituía una especie de gobierno oculto de los Estados Unidos de Europa, sin que la orgullosa Inglaterra se dignase conocer los actos de los hombres caídos que le habían pedido un asilo y que trabajaban para la reconstrucción del mundo. Constituía ciertamente un hecho político de primer orden aquel intento de acuerdo internacional en vista del establecimiento de un nuevo equilibrio europeo basado sobre la libertad cívica y sobre la representación equitativa de todos los intereses; pero los compromisos recíprocos tomados por los contratantes carecían de la sanción popular, única que podía darles la realización futura, y ocurría además que la mayoría de aquellos hombres políticos, habían participado en el gobierno de su país de origen, y no aplicaban un absoluto desinterés á la realización de su misión.

Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones fué la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes á todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común. Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados á odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos. Esa unidad moral, esa humanidad de que en otro tiempo hablaban los filósofos y que la mayoría consideraban como un sueño imposible, comenzaba á tener un principio de realización en las calles tristes y fangosas de Londres, bajo la niebla pasada y peligrosa.

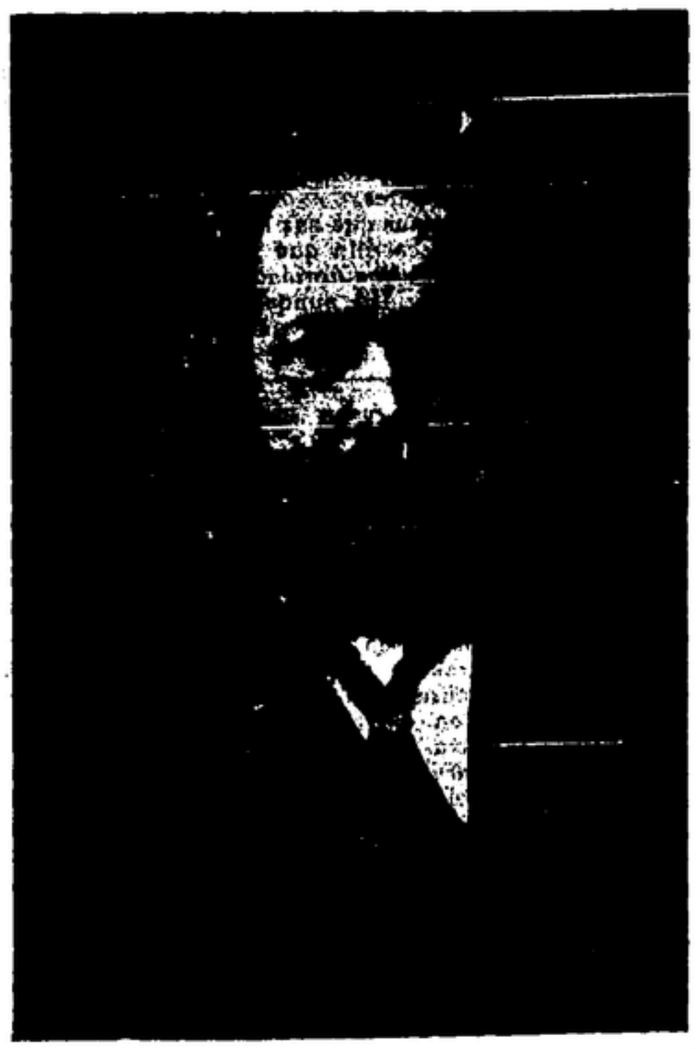
Los principios de la obra fueron poca cosa y apenas pueden distinguirse sus orígenes, que son numerosos y que se hallan muy lejos en el pasado, como las raíces y las raicillas de un gran árbol que se buscan y se estudian entre las hendiduras de la tierra. A justo título pueden señalarse diferentes grupos socialistas, aun antes de la revolución de 1848, como precursores de La Internacional, y algunas vanidades de partido se han aprovechado de ello para atribuirse la gloria de haber dado el impulso decisivo á ese movimiento. El hecho es que después de múltiples iniciativas, la nueva sociedad apareció en 1864 en las reuniones populares de Londres, absoluta y definitivamente consciente de su objeto, hablando un lenguaje cuyos términos todos habían sido escrupulosamente precisados, porque los hombres que los pronunciaban se dirigían al mundo entero y sabían que sus palabras serían oídas de siglo en siglo. Comprendiendo que «la emancipación de los trabajadores no se haría sino por los trabajadores mismos», la Asociación Internacional apelaba á todas las energías de los que trabajan para combatir todo monopolio, todo privilegio de clase, y les ponía en guardia contra toda participación en las pasiones y en las intrigas de la política burguesa. En su contenido general, el manifiesto de los obreros internacionales resonaba como un grito de guerra contra todos los gobiernos; pero, sobre éstos, se dirigía fraternalmente á todos los hombres, entre los cuales «la verdad, la justicia y la moral debían constituir la línea de conducta, sin distinción de color, de fe ni de nacionalidad. ¡No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes!» Quizá sobraba en esta proclama de los obreros asociados la palabra «fe», porque el hombre que cree en un poder sobrenatural y se conforma ciegamente con las órdenes que supone se le envían desde el cielo no puede comprender la libertad, y, por consecuencia, no puede pertenecer á una asociación de compañeros que reivindican sus derechos y se disponen á conquistarlos.

Grande fué la emoción en el mundo de la clase poseedora que se distribuye los beneficios y hace trabajar en su provecho á las multitudes de campesinos y obreros. Impulsada por la lógica de las cosas, que muestra en el presente la realización del porvenir, la burguesía se imaginó que la gran masa obrera formaba parte de la flor del proletariado agrupado en una Internacional, y en su terror creyó ver de repente miles y miles de obreros hostiles ponérsele frente á frente. Fué aquella una ilusión de que se vengó después aplicando las prisiones, los destierros y los fusilamientos en masa; mas por escaso que fuera al principio el número de los hombres conscientes de la fuerza de la idea, comprendiendo el antagonismo absoluto del trabajo libre y del monopolio capitalista, las persecuciones no podían aniquilarla. Esta vez la semilla se había arrojado sobre una tierra favorable. En Francia, especialmente, se tuvo la candidez de creer, después de la Comuna, que las leyes, los decretos y las amenazas de proceso habían suprimido La Internacional, que la simiente había sido extirpada ó esterilizada; pero quede el nombre ó desaparezca, que las etiquetas cambien ó se modifiquen, nada importa al hecho que permanece cierto, firme, inquebrantable como un decreto del destino. ¡La Internacional es el producto mismo de la civilización contemporánea! Los trabajadores se han salvado de la ignorancia primera: saben y sabrán cada vez con mayor certidumbre que sus intereses son los mismos acá y allá de las fronteras y de los mares, sobre toda la superficie del globo, que su patria se empequeñecerá constantemente comparada con la gran patria que es la Humanidad.

Por más que los gobiernos combatían la Internacional en uno de sus elementos, la Internacional obrera, no dejaban de ser arrastrados por el corriente de la historia hacia manifestaciones que habían de dar el mismo resultado: también ellos trabajaban por el empequeñecimiento de los límites nacionales, sobre el continente de Europa: las redes de ferrocarriles se enlazaban unas con otras en mallas cada vez más numerosas; se abría un subterráneo debajo de los Alpes para unir Francia é Italia, mientras que en la América del Norte se plantaban rieles apresuradamente sobre las mesetas y los desiertos de las Rocosas para poner en comunicación, á través de los Continentes, los dos grandes puertos del Atlántico y del Pacífico, New-York y San Francisco.

ELÍSEO RECLUS

(De El Hombre y la Tierra, t. V, c. XX.)



MIGUEL BAKOUNINE 1814-1876
representante de la tendencia federalista y anarquista en la Internacional

CARLOS MARX 1818-1883
representante de la tendencia centralista y socialista en la Internacional